





Campos de Castilla
(1907 - 1917)



Primera edición en Los versos de Cordelia, noviembre de 2020

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ilustraciones: © José S.-Carralero, 2020

Edición y prólogo: © Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2020

IBIC: DCF
ISBN: 978-84-18141-17-1
Depósito legal: M-26127-2020

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Campos de Castilla

(1907 - 1917)

Antonio Machado

Ilustraciones de José Carralero

Edición y prólogo de Luis Alberto de Cuenca







Índice

Don Antonio Machado,
por Luis Alberto de Cuenca 13

CAMPOS DE CASTILLA 21

Retrato 23
A orillas del Duero 27
Por tierras de España 33
El hospicio 37
El dios ibero 39
Orillas del Duero 43
Las encinas 47
«¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo…» 57
En abril, las aguas mil 59
Un loco 63
Fantasía iconográfica 67
Un criminal 69
Amanecer de otoño 73
En tren 75

Noche de verano 79
Pascua de Resurrección 81
Campos de Soria 93
La tierra de Alvargonzález 93
A un olmo seco 143
Recuerdos 145
Al maestro «Azorín» por su libro *Castilla* 149
Caminos 151
«Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería…» 155
«Dice la esperanza: un día…» 157
«Allá, en las tierras altas…» 159
«Soñé que tú me llevabas…» 161
«Una noche de verano…» 163
«Al borrarse la nieve se alejaron…» 165
«En estos campos de la tierra mía…» 167
A José María Palacio 171
Otro viaje 173
Poema de un día 177
Noviembre 1913 189
La saeta 191
Del pasado efímero 193
Los olivos 195

Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido 201
La mujer manchega 207
El mañana efímero 211
Proverbios y cantares 215
Parábolas 239
Mi bufón 247

ELOGIOS 249
A don Francisco Giner de los Ríos 251
Al joven meditador José Ortega y Gasset 253
A Xavier Valcarce 255
Mariposa de la sierra 259
Desde mi rincón 261
Una España joven 269
España, en paz 271
«Esta leyenda en sabio romance campesino…» 275
Al maestro Rubén Darío 277
A la muerte de Rubén Darío 279
A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla 281
Mis poetas 285
A don Miguel de Unamuno 287
A Juan Ramón Jiménez 289

CATÁLOGO 291



Don Antonio Machado

Luis Alberto de Cuenca
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo (CCHS, CSIC)



Cubierta de la primera edición (1912).

Así, mediante el Don con D mayúscula que le corresponde, me gusta titular estas breves líneas preliminares a *Campos de Castilla* (1912), uno de los libros de poesía más intensos y hermosos de los últimos doscientos años, publicado por vez primera en 1912 (Madrid, Renacimiento, 198 páginas) por el sevillano Antonio Machado y Ruiz (1875-1939) y reeditado ahora por Reino de Cordelia, en preciosa edición primorosamente ilustrada por nuestro príncipe de paisajistas, el pintor leonés José Sánchez-Carralero. Leí a Antonio Machado en la mítica colección Austral, donde se publicaron sus poesías completas (que no lo eran, por cierto, en la medida en que no constaban allí los mediocres poemas de

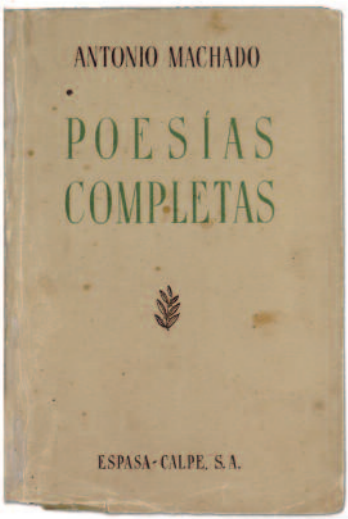
guerra del maestro, totalmente entregados a la causa de una Segunda República que andaba periclitando cuando fueron escritos). No deja de ser curioso que en los crudos años de posguerra se leyera en España bastante más a Antonio, pese a su decidida alineación en las filas antifranquistas, que a otro poeta con Don y D mayúscula, su hermano mayor, Manuel Machado, de quien es sabido que optó, no sin sobresaltos anímicos, por el bando de los vencedores. La poesía de Antonio Machado se vendía y leía con profusión en los tiempos del gasógeno, las chicas Topolino, el Guerrero del Antifaz y Manolete. Sus versos se reproducían *ad infinitum* en los libros de texto, sus paisajes líricos castellanos se ubicaban en la *crème de la crème* de la estética dominante, tan cercana a la norma paisajística del secarral mesetario, herencia del 98. De modo que no sorprende lo más mínimo que el pensamiento *progre* haya tenido que rescatar a Don Antonio de las garras de la dictadura, porque sin duda fue, a su pesar, uno de los poetas más mimados por el franquismo.



Antonio Machado
por su hermano José.

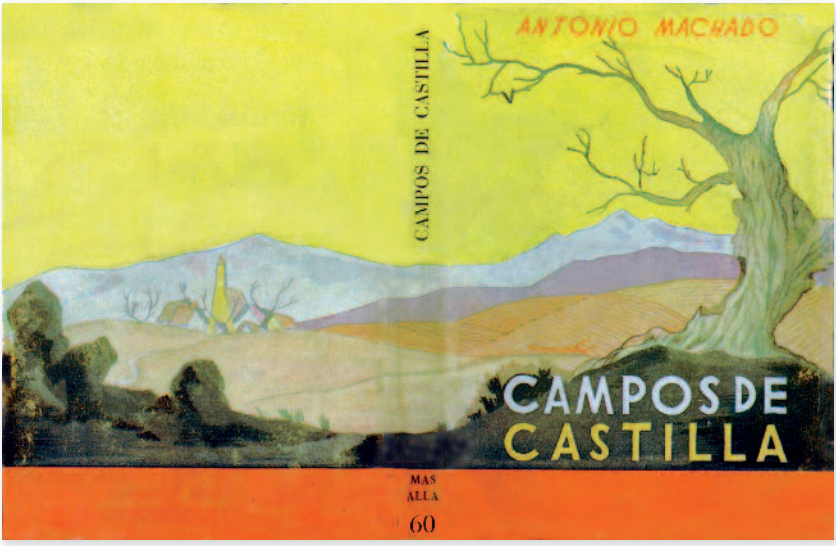
Campos de Castilla fue creciendo en sucesivas ediciones hasta llegar a su versión definitiva, la última que pudo ver el poe-

ta, publicada en Madrid por Espasa-Calpe en el emblemático año del Señor de 1936 como cuarta edición de sus *Poesías completas (1899-1930)*. El texto contenido en esa edición es el que reproduzco aquí, pero prescindiendo de la numeración corrida en números romanos utilizada por Machado para ordenar toda su producción poética. De hecho, el primer poema de *Campos de Castilla*, «(Retrato)», con el título así, entre paréntesis (también he prescindido en mi edición de los paréntesis con que aparecen «protegidos» los títulos), va numerado con el guarismo XCVII, prolongándose el libro hasta la composición CLII, lo que daría un total de cincuenta y seis poemas. Entre ellos, marca tendencia narrativa, situándose a la sombra benéfica del romancero tradicional, el poema «La tierra de Alvargonzález», que ocupa más de veinte y hasta una treintena de páginas en cualquier edición de *Campos*. Citaré, entre las que he manejado, además de la de 1936 en que he basado mi edición, la del hispanista inglés Geoffrey Ribbans (Madrid, Cátedra, colección Letras Hispánicas, 26.ª edición, 2020) y la del catedrático y académico Pedro Cerezo Galán (dentro de Antonio Machado, *Obra*



Cubierta de la cuarta edición de las *Poesías Completas* (1936).

esencial, Madrid, Biblioteca Castro, 2018, pp. 85-195 del tomo). No he querido interrumpir la lectura del libro con ninguna nota exegética. Hay términos poco usuales en la descripción de la geografía soriana que precisan de ayuda para su comprensión. Pero ahí están Google o cualquier diccionario al uso para atender cualquier consulta. Mis poemas favoritos son los que forman parte de dos etiquetas que abarcan varios ítems poéticos diferentes: las cincuenta y tres piezas que conforman «Proverbios y cantares» y las ocho de que consta «Parábolas». Y el poema del



Cubierta de la edición de Afrodisio Aguado (1949).

libro con el que un servidor sobreviviría en una isla desierta sin problemas, leyéndolo a diario, es el primer ítem de «Parábolas», el que comienza: «Era un niño que soñaba / un caballo de cartón. / Abrió los ojos el niño / y el caballito no vio». Entre otros motivos, porque me recuerda poderosamente un cuento de Lord Dunsany, «Blagdaross» (de *Cuentos de un soñador*, 1910), que figura entre lo más entrañable y delicioso que he leído en toda mi vida y al que he dedicado últimamente un poema que compuse en Cerdeña el verano pasado, cuando el virus chino aún no había empezado a hacer de las suyas.

Me da pena cerrar este prologuillo sin volver a referirme a los dos hermanos Machado en número dual, porque Manuel me parece tan grande como Antonio por lo menos (dígalo, si no, Borges, que fingía ignorar, en una de sus más célebres anécdotas, que Manuel tuviese un hermano). Los hermanos Manuel y Antonio Machado vinieron al mundo con menos de un año de diferencia. Manuel nació el 29 de agosto de 1874. Antonio, el 26 de julio de 1875. Todas las épocas son convulsas (escribo en tiempos de confinamiento forzoso por culpa del maldito coronavirus), pero la que les tocó vivir a ambos lo fue con especial intensidad. Sobre todo, los últimos años de sus vidas, cuando tuvieron que encarar una terrible guerra cuyas consecuencias en la sociedad española aún seguimos padeciendo, más de ochenta años después. Cuando Antonio cruzó el espejo en Colliure, tenía gra-

bado en la mente el amor sin fisuras de Manuel, a quien los acontecimientos habían conducido al bando nacionalista, pero que siempre fue un liberal a machamartillo, fruto de la educación que los dos recibieron de su padre, el gran folklorista Antonio Machado y Álvarez, que firmaba como *Demófilo*, esto es, «amigo del pueblo», toda una declaración de intenciones. Cuan-



Los hermanos Antonio y Manuel Machado.

do Manuel pasó al otro lado, en el Madrid en blanco y negro de 1947, el emocionado recuerdo que siempre conservó de su hermano Antonio se fue a la tumba con él de manera definitiva, porque los ocho años que lo sobrevivió fueron una especie de

prórroga en Manuel de la existencia de Antonio, que no murió del todo hasta que desapareció su hermano.

Leer a ambos hermanos a través del tiempo ha sido una fiesta para mí, un oasis de luz en el desierto umbrío del calendario. Primero fue Antonio quien me reveló la verdad que llevaban dentro los dos. Luego llegó Manuel a corroborar con su ingenio y su chispa esa verdad que compartían. Una verdad que trasciende ideologías y los configura como modelos de fraternidad más allá de los fuertes y fronteras de los que hablaba San Juan de la Cruz. Como ejemplo vivo de que el cariño entre hermanos florece en las circunstancias más adversas, y de que aquella infausta guerra incivil no consiguió minar el territorio de su amor fraterno. Para darles las gracias por ello he preparado esta edición de *Campos de Castilla*, uno de los libros más bellos que salió de la pluma de los hermanos, en este caso de Antonio: un conjunto admirable de poemas dictados por el temblor de vida y de ética ancestral que emana siempre de sus versos.



Antonio Machado.

Madrid, 19 de abril de 2020



Campos de Castilla







Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.


Jose Gonzalez



A orillas del Duero

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.
Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía,
buscando los recodos de sombra, lentamente.
A trechos me paraba para enjugar mi frente
y dar algún respiro al pecho jadeante;
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante
y hacia la mano diestra vencido y apoyado
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,
trepaba por los cerros que habitan las rapaces
aves de altura, hollando las hierbas montaraces
de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo
cruzaba solitario el puro azul del cielo.
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,
y una redonda loma cual recamado escudo,
y cárdenos alcores sobre la parda tierra
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero
para formar la corva ballesta de un arquero
en torno a Soria —Soria es una barbacana,
hacia Aragón, que tiene la torre castellana—.
Veía el horizonte cerrado por colinas
oscuras, coronadas de robles y de encinas;
desnudos peñascales, algún humilde prado
donde el merino pace y el toro, arrodillado
sobre la hierba, rumia; las márgenes del río
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,
¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros—
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble

de Iberia y de Castilla.
¡Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma yerra
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.
Castilla no es aquella tan generosa un día,
cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía,

ufano de su nueva fortuna y su opulencia,
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,
pedía la conquista de los inmensos ríos
indianos a la corte, la madre de soldados,
guerreros y adalides que han de tornar, cargados
de plata y oro, a España, en regios galeones,
para la presa cuervos, para la lid leones.
Filósofos nutridos de sopa de convento
contemplan impasibles el amplio firmamento;
y si les llega en sueños, como un rumor distante,
clamor de mercaderes de muelles de Levante,
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadrejas;

me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo ¡tan curiosas!... Los campos se oscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.



Por tierras de España

El hombre de estos campos que incendia los pinares
y su despojo aguarda como botín de guerra,
antaño hubo raído los negros encinares,
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares;
la tempestad llevarse los limos de la tierra
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Es hijo de una estirpe de rudos caminantes,
pastores que conducen sus hordas de merinos
a Extremadura fértil, rebaños trashumantes
que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,
hundidos, recelosos, movibles; y trazadas
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,
esclava de los siete pecados capitales.

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza;
ni para su infortunio ni goza su riqueza;
le hieren y acongojan fortuna y malandanza.

El numen de estos campos es sanguinario y fiero;
al declinar la tarde, sobre el remoto alcor,
veréis agigantarse la forma de un arquero,
la forma de un inmenso centauro flechador.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—;
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.


José S. Canalho
93

El hospicio

Es EL HOSPICIO, el viejo hospicio provinciano,
el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas
en donde los vencejos anidan en verano
y graznan en las noches de invierno las cornejas.

Con su frontón al Norte, entre los dos torreones
de antigua fortaleza, el sórdido edificio
de grietados muros y sucios paredones,
es un rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!

Mientras el sol de enero su débil luz envía,
su triste luz velada sobre los campos yermos,
a un ventanuco asoman, al declinar el día,
algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos,

a contemplar los montes azules de la sierra;
o, de los cielos blancos, como sobre una fosa,
caer la blanca nieve sobre la fría tierra,
sobre la tierra fría la nieve silenciosa!…

El dios ibero

IGUAL que el ballestero
tahur de la cantiga,
tuviera una saeta el hombre ibero
para el Señor que apedreó la espiga
y malogró los frutos otoñales,
y un «gloria a ti» para el Señor que grana
centenos y trigales
que el pan bendito le darán mañana.

«Señor de la ruina,
adoro porque aguardo y porque temo:
con mi oración se inclina
hacia la tierra un corazón blasfemo.

¡Señor, por quien arranco el pan con pena,
sé tu poder, conozco mi cadena!
¡Oh dueño de la nube del estío
que la campiña arrasa,
del seco otoño, del helar tardío,
y del bochorno que la mies abrasa!

¡Señor del iris, sobre el campo verde
donde la oveja pace,
Señor del fruto que el gusano muerde
y de la choza que el turbión deshace,

tu soplo el fuego del hogar aviva,
tu lumbre da sazón al rubio grano,
y cuaja el hueso de la verde oliva,
la noche de San Juan, tu santa mano!

¡Oh dueño de fortuna y de pobreza,
ventura y malandanza,
que al rico das favores y pereza
y al pobre su fatiga y su esperanza!

¡Señor, Señor: en la voltaria rueda
del año he visto mi simiente echada,
corriendo igual albur que la moneda
del jugador en el azar sembrada!

¡Señor, hoy paternal, ayer cruento,
con doble faz de amor y de venganza,
a ti, en un dado de tahur al viento
va mi oración, blasfemia y alabanza!».

Este que insulta a Dios en los altares,
no más atento al ceño del destino,
también soñó caminos en los mares
y dijo: es Dios sobre la mar camino.

¿No es él quien puso a Dios sobre la guerra,
más allá de la suerte,
más allá de la tierra,
más allá de la mar y de la muerte?

¿No dio la encina ibera
para el fuego de Dios la buena rama,

que fue en la santa hoguera
de amor una con Dios en pura llama?

Mas hoy… ¡Qué importa un día!
Para los nuevos lares
estepas hay en la floresta umbría,
leña verde en los viejos encinares.

Aún larga patria espera
abrir al corvo arado sus besanas;
para el grano de Dios hay sementera
bajo cardos y abrojos y bardanas.

¡Qué importa un día! Está el ayer alerto
al mañana, mañana al infinito,
hombres de España, ni el pasado ha muerto,
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

¿Quién ha visto la faz al Dios hispano!
Mi corazón aguarda
al hombre ibero de la recta mano,
que tallará en el roble castellano
el Dios adusto de la tierra parda.

Orillas del Duero

¡Primavera soriana, primavera
humilde, como el sueño de un bendito,
de un pobre caminante que durmiera
de cansancio en un páramo infinito!

¡Campillo amarillento,
como tosco sayal de campesina,
pradera de velludo polvoriento
donde pace la escuálida merina!

¡Aquellos diminutos pegujales
de tierra dura y fría,
donde apuntan centenos y trigales
que el pan moreno nos darán un día!

Y otra vez roca y roca, pedregales
desnudos y pelados serrijones,
la tierra de las águilas caudales,
malezas y jarales,
hierbas monteses, zarzas y cambrones.

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrépitas ciudades!
¡La agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Era una tarde, cuando el campo huía
del sol, y en el asombro del planeta,
como un globo morado aparecía
la hermosa luna, amada del poeta.



En el cárdeno cielo violeta
alguna clara estrella fulguraba.
El aire ensombrecido

oreaba mis sienes, y acercaba
el murmullo del agua hasta mi oído.
Entre cerros de plomo y de ceniza
manchados de roídos encinares,
y entre calvas roqueadas de caliza,
iba a embestir Jos ocho tajamares
del puente el padre río,
que surca de Castilla el yermo frío.

¡Oh Duero, tu agua corre
y correrá mientras las nieves blancas
de enero el sol de mayo
haga fluir por hoces y barrancas,
mientras tengan las sierras su turbante
de nieve y de tormenta,
y brille el olifante
del sol, tras de la nube cenicienta!…

¿Y el viejo romancero
fue el sueño de un juglar junto a tu orilla?
¿Acaso como tú y por siempre. Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla?

Las encinas

A los Sres. de Masriera

¡Encinares castellanos
en laderas y altozanos,
serrijones y colinas
llenos de oscura maleza,
encinas, pardas encinas;
humildad y fortaleza!

Mientras que llenándoos va
el hacha de calvijares,
¿nadie cantaros sabrá,
encinares?

El roble es la guerra, el roble
dice el valor y el coraje,

rabia inmoble
en su torcido ramaje;
y es más rudo
que la encina, más nervudo,
más altivo y más señor.

El alto roble parece
que recalca y ennudece
su robustez como atleta
que, erguido, afinca en el suelo.

El pino es el mar y el cielo
y la montaña: el planeta.
La palmera es el desierto,
el sol y la lejanía:
la sed; una fuente fría
soñada en el campo yerto.

Las hayas son la leyenda.
Alguien, en las viejas hayas,
leía una historia horrenda
de crímenes y batallas.

¿Quién ha visto sin temblar
un hayedo en un pinar?
Los chopos son la ribera,
liras de la primavera,
cerca del agua que fluye,
pasa y huye,
viva o lenta,
que se emboca turbulenta
o en remanso se dilata.
En su eterno escalofrío
copian del agua del río
las vivas ondas de plata.

De los parques las olmedas
son las buenas arboledas
que nos han visto jugar,
cuando eran nuestros cabellos
rubios y, con nieve en ellos,
nos han de ver meditar.

Tiene el manzano el olor
de su poma,

el eucalipto el aroma
de sus hojas, de su flor
el naranjo la fragancia;
y es del huerto
la elegancia
el ciprés oscuro y yerto.

¿Qué tienes tú, negra encina
campesina,
con tus ramas sin color
en el campo sin verdor;
con tu tronco ceniciento
sin esbeltez ni altiveza,
con tu vigor sin tormento,
y tu humildad que es firmeza?

En tu copa ancha y redonda
nada brilla,
ni tu verdioscura fronda
ni tu flor verdiamarilla.

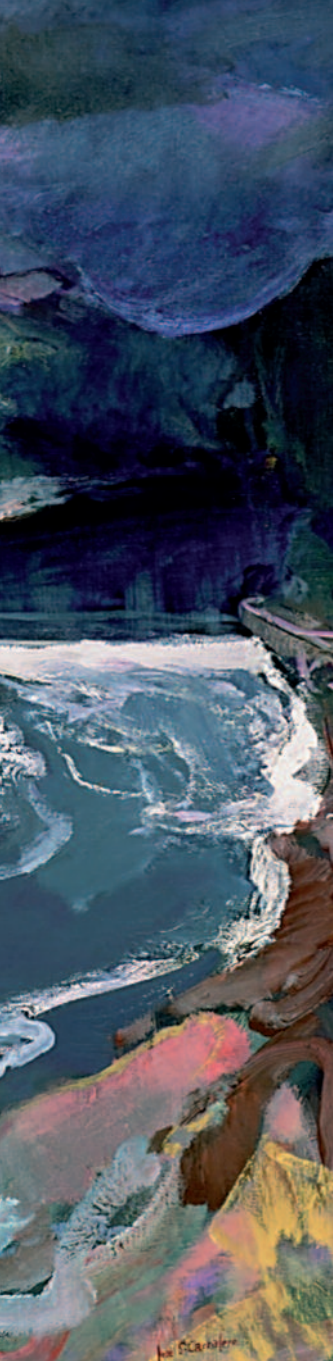


Nada es lindo ni arrogante
en tu porte, ni guerrero,
nada fiero
que aderece su talante.
Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
solo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.

El campo mismo se hizo
árbol en ti, parda encina.
Ya bajo el sol que calcina,
ya contra el hielo invernizo,
el bochorno y la borrasca,
el agosto y el enero,
los copos de la nevasca,
los hilos del aguacero,
siempre firme, siempre igual,
impasible, casta y buena,
¡oh tú, robusta y serena,
eterna encina rural
de los negros encinares

de la raya aragonesa
y las crestas militares
de la tierra pamplonesa;
encinas de Extremadura,
de Castilla, que hizo a España,
encinas de la llanura,
del cerro y de la montaña;
encinas del alto llano
que el joven Duero rodea,
y del Tajo que serpea
por el suelo toledano;
encinas de junto al mar
—en Santander—, encinar
que pones tu nota arisca,
como un castellano ceño,
en Córdoba la morisca,
y tú, encinar madrileño,
bajo Guadarrama frío,
tan hermoso, tan sombrío,
con tu adustez castellana
corrigiendo,





la vanidad y el atuendo
y la hetiquez cortesana!…
Ya sé, encinas
campesinas,
que os pintaron, con lebreles
elegantes y corceles,
los más egregios pinceles,
y os cantaron los poetas
augustales,
que os asordan escopetas
de cazadores reales;
mas sois el campo y el lar
y la sombra tutelar
de los buenos aldeanos
que visten parda estameña,
y que cortan vuestra leña
con sus manos.